

ARTICULOS DE
HISTORIA LOCAL

«EL PAGO DE CHILE»

(CON MOTIVO DE LA CONSTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DEL PALACIO
DE «LAS CAJAS»)

«El edificio que ves
Palacio, caja y audiencia,
Es debido a la influencia
Del señor don Juan Andrés
De Ustaris, que de Chile es
Adlante y gobernador
Siendo de esta obra motor
Don Rodrigo Baldovinos
Reelecto corregidor
Desde los fines del año
1709
Hasta los fines del año
1714».

(Inscripción encontrada y puesta a descubierto en 1872 en el antiguo palacio de los presidentes de Chile).

I

En una de estas tardes de niebla, llovizna y barro que dan a la atmósfera de la capital cara de albañil que asienta adobes, pasaba distraídamente por delante de la claveteada puerta de las que fueron Cajas Reales, donde la codiciosa España guardó, antes que en la Moneda, sus tesoros, y al notar el enjambre de gente de labor que allí bullía, detuvimos un corto rato. Los unos de aquellos nervudos acarreadores descargaban materiales y arrimando el duro lomo a la cu-

lata de sólida carreta, echándose a cuestras un número de ladrillos suficientes para formar una trinchera, se entraban por los corredores con ese paso gimnástico peculiar del roto chileno, que es su instintivo aprendizaje del paso de carga en las batallas. Otros ensordecían con selváticos gritos, más que a la gente transeunte, a los pacíficos asnos del Mapocho cargados de arena en talegas de cuero; aquellos chapaleaban alegres en el barro y los otros abrían lecho a los árboles traídos del Parque, como los santos, sobre andas, o disertaban curiosos a propósito de la gruta de la cimarra, que en estos tiempos de asuetos algún Montecinos de ojota había encontrado al cavar de la barreta, afirmando los más que aquella cueva era cisterna cuando era sólo sumidero del edificio fronterizo, si es que allí, frente al palacio del cruel Amat, no estuvieron los cimientos del rollo o de la horca en permanencia (1).

Y al echar de paso una mirada a todo aquello no pudimos menos de pensar que siendo la obra que se restauraba y rejuvenecía cosa muy vieja, por su construcción de más de siglo y medio, podía hacerse de ella, sin embargo, una cosa moderna, juntando en una sola sus dos o tres reconstrucciones, motivada la última por el incendio que en su parte más saneada tuvo lugar hace pocos meses.

II

Y es esta tarea retrospectiva y de actualidad a la vez la que aquí vamos a ejecutar, refiriendo al distraído lector que va y viene por la Plaza de Armas cómo se edificó y reedificó la mayor parte de aquellos nobles edificios, a fin de que más tarde pueda saberse cómo han ido reconstruyéndose y modernizándose.

III

Estando a las noticias que nos ha dejado el descriptivo padre Ovalle, hijo de Santiago, corría a principios del siglo XVII por todo el

(1) Probablemente este sótano, noria, algive o lo que se quiera, fué construído en la época a que se refiere este escrito y por su ubicación, dando frente al callejón que separaba los cuerpos de edificios aislados del palacio de los Presidentes y de las Cajas, recibía las aguas de uno y otro, y como entonces (y hasta 1840) la Plaza de Armas no estaba empedrada ni nivelada, y al contrario era aquel terreno bajo por los adobes que allí hizo construir don Pedro de Valdivia para la Iglesia parroquial, adobes que cargó él mismo en sus hombros para dar ejemplo, fué preciso, a fin de evitar que se formaran lagunatos, construir un hondo sumidero, y esto y no otra cosa es lo que se ha encontrado.

costado norte de la Plaza de Armas (que se llamó así por que fué más que plaza, fortaleza de adobes construída en cuadro por don Pedro de Valdivia) una arquería de azotea, bajo la cual se albergan las covachas o cuartejos de los escribanos, hallándose el solio de la Real Audiencia hacia el ángulo del naciente, y el palacio de los Capitanes Generales, «las casas del gobernador», según en aquel tiempo se decía, en la opuesta esquina, «junto a la iglesia», según rezan en muchos pasajes las actas capitulares, y no ciertamente en el extramuro del Santa Lucía, que era entonces sólo un muladar de puercos y hoy un desatino de póstumos y crédulos novedosos.

Pero en el terremoto del Señor de Mayo y la Quintrala, su ama y cuidadora, ocurrido el memorable 13 de Mayo de 1647, todo eso se vino al suelo, a la par con la ciudad entera, que quedó rasa como el llano vecino, por lo cual pensaron sus moradores en mudarla a San Francisco del Monte o a Quillota. Pero opusieronse los frailes por sus capellanías y las monjas por sus censos, y así la ciudad, reedificada mitad como convento y mitad como monasterio, quedóse donde estaba.

IV

Mas como en aquel desdichado tiempo el reino era tan pobre y el Cabildo de Santiago de tal manera menesteroso que muchas veces no hubo en que sentarse por falta de quien hiciera bancas de balde, ni como tocar a capítulo, porque alguien fué osado de hurtarse el badajo de la campana capitular, dejáronse así las cosas como campana sin lengüeta, caído todo por el suelo. Y esto duró hasta que habiéndose esterilizado los valles del Perú con otro terremoto, comenzó a exportarse un poco de trigo para las panaderías de Lima, un poco de sebo para sus faroles y un poco de charqui para sus negros.

V

Comenzó con esto a entrar algún dinero a la infeliz colonia, que hoy le arrastra la manta a la Inglaterra y a la Rusia votando de una sentada 34.000,000 de pesos para su guerra, y como desde que había plata era preciso ingeniarse a fin de tener sólidos cofres en que guardarla, advirtiósese que convendría levantar las Cajas Reales en una de las alas de la plaza del rey y en el sitio en que después de setenta años yacían los escombros del gran terremoto del siglo XVII.

VI

Tomó a su cargo empresa tan ardua para su época el corregidor de la ciudad, el general (que así llamaban a los corregidores aun que lo fueran de Quillota o de Ligua) don Rodrigo Antonio Matías de Baldovinos, hombre de hígados que fué el Bascuñán Guerrero de su época, y que debió morir como este... del hígado, después de haber sido corregidor de una ciudad tan incorregible como Santiago.

Autorizado, en efecto, para el caso por el presidente de la Real Audiencia y el Cabildo, que eran copartícipes en el eriazo, púsose el vehemente funcionario a levantar las basuras y las ruinas que lo cubrían, operación de angarillas en la que gastó 60 pesos, y comenzó a poner esto por obra el mismo día en que el esquilón de la Catedral vecina mudaba de toque de verano, cambiando, cual hoy día, de la siete a las seis y media de la mañana, esto es, el 15 de Octubre de 1709.

Para el caso, don Rodrigo echó a la faena nueve peones libres que ganaban cinco y medio reales diarios y tenían nombres tan aristocráticos como los siguientes que copiamos de la planilla del primer sá-bado: Agustín Aldunate, Nicolás Irrarázaval y otros por el estilo.

VII

Advertimos aquí de paso que es un error común creer que los jornaleros antiguos ganaban «medio» o «un cuartillo», como es común decir con un suspiro envidioso de otros tiempos. Porque los que tal ganaban eran los infelices indios, con su postre de cepos, frejoles y látigo, cual suelen pagarles todavía. Pero siendo la población criolla escasísima, los rotos de aquel tiempo eran señores cuando querían, y por esto los peones que construyeron las Cajas Reales ganaron exactamente el mismo jornal diario que hoy reciben los que las reconstruyen, esto es, cinco y medio reales, buena plata.

El jornal de los albañiles era naturalmente el doble. El mayordomo de la peonada que emparejó el eriazo se llamaba don Juan de la Roca, buen nombre para la gente y para el edificio.

VIII

Los tres primeros capítulos de los edificios de aquel tiempo eran estos que se parecen no poco a los presentes: 1.º las herramientas;

2.º los materiales; y 3.º la mano de obra, por lo cual de cada una de estas circunstancias vamos a dar compendiosa cuenta documentada, como si tuviéramos delante del rugoso y enojado rostro de los tesoreros reales de aquellos tiempos y de aquellas cajas.

IX

Lo que más dolores de cabeza producía a los arquitectos de ogaño era el primero de aquellos ítems, es decir, las herramientas, porque el fierro de Vizcaya costaba 25 pesos el quintal y era preciso hacerlo todo en la ciudad a yunque y a martillo por los maestros del pueblo.

Costó por esta causa el primer juego de herramientas para 24 obreros la ingente suma de 354 pesos 4 reales, cuando hoy tal vez con el pico habría habido de sobra y he aquí como:

Por 9 quintales y 86 libras de fierro que compraron a don Pedro de Soza, a 25 pesos quintal	₧	246.4 reales
Por 24 azadones que forjó con el fierro antedicho el maestro Sebastián Romero, a razón de 20 reales pieza		60
Y 24 palas a 2 pesos, por el mismo		48
		<hr/>
Total	₧	354.4 reales

X

Mas esto no era todo en el ramo de utensilios, pues se compraron 166 cueros de vaca y 16 de novillo para angarillas, capachos, baldes, amarras, escaleras, y demás, porque entonces se hacía todo a fuerza de cuero, valiendo el de novillo, porque más robustos eran los de los capachos, hasta 8 reales y algo menos los de vaca.

Bebían los peones el agua de la acequia en sus propios capachos o en sus cuernos; pero para ahorrar que fueran a la pila del Presidente Henríquez, compró el diligente corregidor un tinajón a don Lorenzo Carrión, que probablemente los hacía en el callejón que así se llama todavía. Esta vasija de greda era de 30 arrobas y costó 30 pesos, pero habiéndose quebrado, compróse otra y por la casería, quebró el tinajero el precio hasta 26 pesos y medio. Las botijas auxiliares para la bebida valían solo 4 reales y servían a manera de cántaros de a cuarta.

Compró también el corregidor, al asentar el primer adobe en los

cimientos, cuatro escalas de a seis varas que el maestro Francisco Tarifeño labró a razón de un peso cada vara.

Y eso fué todo más o menos lo que se gastó en las herramientas, porque un azadón de aquel tiempo si duraba menos de 50 años era malo, y una barreta para ser de legítimo fierro vizcaíno había de durar dos siglos, lo cual consta de muchos inventarios.

XI

La segunda cuenta, o sea la de los materiales, es todavía más instructiva, y por ella se verá cuan parecidos eran aquellos tiempos en cosas que hoy sólo el aparato exterior de los casos, junto con su oropel y su barniz, hace creer tan profundamente diversas.

Los ladrillos y las tejas se compraron a 20 pesos el mil y los adobes por igual suma, que es lo que hoy suelen valer, encontrándose asentadas las siguientes partidas por esos suministros:

Por ladrillos.....	\$ 1,875
Por tejas.....	1,862
Por adobes.....	2,866.2 reales

A lo cual como material en bruto, debe agregarse todavía lo siguiente:

Por cal.....	1,479 pesos
--------------	-------------

Por piedra de cimientos traída a lomo de mula del Santa Lucía y Cerro Blanco, 938 pesos tres reales; sin contar la piedra labrada de la portada del palacio que importó 574 pesos y las gradas de la Real Audiencia que ascendieron a 565 pesos.

XII

Según es la usanza actual de los modernos edificios, las cuentas de la madera fueron las más subidas, porque en sólo vigas de canelo se invertieron 2,850 pesos, en umbrales de patagua 622 pesos y en tijerales de algarrobo 1,204 pesos, madera toda del valle del Mapocho, por que es fama que en época posterior a la que historiamos crecían lozanos los espinos en la Plaza.

El alerce de los cielos vino, como en Lima, de Chiloé, costando

1,417 pesos, y los fletes por maderas surtidas desde Valparaíso 2,901 pesos.

XIII

Mucho más caro que todo eso y el tardío tranco de los bueyes en los pantanos de Melipilla y Talagante, que ese era el camino de las carretas, debía ser la obra de mano, y de ello podrá juzgarse por las siguientes partidas, pagadas todas a detalle que, cuando no eran alférez eran capitanes:

Alférez (sin don) Tomás Vargas por puertas y ventanas	\$ 693
Al capitán José Gatica por id.	488.4 reales
Al capitán Miguel de Miranda por obras de carpintería.	2,853
Al alférez (sin don pero con de) Urbano de Vicuña.	3,026.4 reales

Y aquí parécenos del caso advertir que en la reconstrucción del palacio de los Presidentes hecha hace pocos meses para instalar a la Sociedad Nacional de Agricultura en casa propia, se encontraron todas las vigas de alerce de tal manera vigorosas y flamantes como si hubiesen sido clavadas en la víspera, contando cada una bien sumados 170 años (1702-1882), al paso que habiendo colocado, a la par con las antiguas, vigas nuevas (que hemos visto) a las pocas semanas daban ya las últimas de sí, y aun se quebraban como cosa o como vigas de contrata...

XIV

En cuanto a las rejas de las ventanas, que entraron también en el gremio de la mano de obra y de los capitanes herreros, eran aquellas de dos clases, según puede observarse todavía, a saber, las voladas y las embutidas, y unas y otras costaron 4,223 pesos.

Estas rejas de barrote, a semejanza de las de la Moneda, casi un siglo más tarde, vinieron labradas desde los hornos y ferrerías de Vizcaya, pasándolas a mulas por la cordillera.

XV

Pero donde el corregidor Baldovinos echó el resto de su garbo fué en la puerta de las Cajas Reales que le importaron, desde las quicaleras labradas del cobre de Coquimbo y su mascarón de bronce vaciado en molde santiaguino, no menos de mil pesos, en esta forma:

Por nueve tablones de cedro comprado en el Callao a don Francisco de Améstica	\$ 219
Flete de id. de Valparaíso a Santiago en tres carretas	30
Por tabloncillos de cedro para la misma	35
Por 19 y medio quintales de cobre de Coquimbo comprados a diez pesos a don Joaquín de Uzurruín, para la clavazón, mascarones, quicialeras etc., de la dicha puerta 195 pesos, y con el flete que fué de 30 pesos, son	225

Por el estaño que se compró en Lima a 17 pesos quintal y el plomo a 10 pesos se cargó a la cuenta de la puerta en 120, siendo de notar que el flete de esos metales, que pesaban 9 quintales 38 libras, costó desde Lima al Callao (2 leguas) 3 pesos y de Valparaíso a Santiago (40 leguas) sólo cuatro pesos y medio.

De suerte que la madera y todo el metal de cobre, y estaño y plomo para la puerta de honor de las antiguas cajas y palacio de justicia importó más o menos la suma que dejamos señalada arriba, agregando el costo de sus 210 clavos que fundió el maestro Agustín Carreño al precio de 4 reales cada uno; los mascarones, obra del maestro Miguel de Zuluaga, 40 pesos, fuera del molde que fué de mano ajena (las del escultor Juan Cordero) y tres libras de aceite de nueces compradas en la botica de los jesuitas... Hallábase esta farmacia, única de la ciudad y del reino, donde hoy está la entrada del Senado por la calle de Morandé, y su boticario, que de ordinario era un lego alemán, se hizo pagar 20 reales por la libra de aquel insípido barniz.

Total del importe de la puerta real unos mil duros, y hoy tal vez por el flete la encontrarían cara, si regalada hubieran de llevársela a otra parte.

XVI

Resulta así mismo de las prolijas cuentas de la obra, que nunca trabajaron en ella más de 20 peones por semana, contando con unos pocos indios, mulatos y mestizos que solían sacarse de la vecina cárcel para ayuda, y con esta parsimonia tardaría la obra como el arca de Noé, cinco años y medio, esto es, desde el 15 de Octubre de 1709 hasta el 30 de Marzo de 1715. A los auxiliares de la cárcel se les pagaba sólo en el costo de vestuario, regulado en 30 pesos al año, y así se alcanzaba

no pequeña economía. El costo total de los jornales de peones fué de esta suerte en los cinco años de 13,484 pesos 1 real, y el total de ambos edificios, sumada partida por partida, de 47,829 pesos 3 reales y tres cuartillos.

XVII

Terminada así con tanta fortuna como economía la gran faena de la reconstrucción, el edificio que comprendía lo que hoy forma la casa de correos y la casa del telégrafo, presentaba a su conjunto a la Plaza de Armas una fachada de balconería baja de 82 varas de largo (que es la misma medida actual del frontis de esos edificios transformados), la cual balconería o edificio de altos, compuesta de nueve piezas grandes, reemplazaba con airosa ventaja a la vieja arquería de portales del padre Ovalle.

La distribución interior era prolija, tanto en el palacio en que pasó a habitar el presidente Ustariz, como las Cajas Reales, y vamos a describirla ligeramente «por patios», que es como entonces se medían y apreciaban las casas solariegas.

XVIII

Sobre el zaguán del presidente, que es el mismo que hoy existe, corría un balconcillo de balaustres de fierro torturado a manera de salomónicas, y éste existió durante 160 años, hasta que en 1873 pasó al Santa Lucía, donde hoy existe con el nombre histórico del balcón del presidente Ustariz, cabalgando entre dos rocas.

Entrando a la derecha del patio, que tenía veintitrés y media varas de ancho y veintiocho y una tercia de largo rodeado de los mismos corredores y pilares que todavía lo sustentan sobre sus bases canteadas, se encontraba a la izquierda la sala de comedias, departamento espacioso de 23 varas de largo que ha servido después a la comedia de la vacuna, representada por los modernos libre-cambistas, la cual sólo recibía su luz de la calle del Puente.

Seguía el dormitorio del presidente, la sala al centro, la cuadra a la derecha, todo con 39 varas de frente, y al costado izquierdo la secretaría de la Capitanía General y los desvenejados cuartos de huéspedes, donde entre pulgas y telas de arañas estuvo alojado el ilustre viajero inglés Vancouver en 1795.

XIX

Completábase así el primer patio, y en el segundo o del jardín dividido por eras en cuadro de menudo empedrado, seguía con ventanas a la calle lateral el cuarto del tocador del presidente y las habitaciones de su esposa e hijas, cuando las tenía, y fueron aquellos aposentos, que hoy huelen todavía el tabaco del difunto Estanco, los mismos que más tarde habitó la elegante Esterripa y la esposa del presidente Prieto.

Más hacia el poniente seguían por ese costado las dos cocheras del señor presidente con sus dos puertas de algarrobo reposando en dos pilastras de cal y ladrillo, y tras de estas, donde hoy están las bombas, las caballerizas que tenían vista al jardín. El cuadrado de este patio se hallaba rodeado de corredores, cuyos restos fueron derribados el año último para sacar de quicios el Estanco e instalar a su principal matador, que fué el ilustrado directorio de la Sociedad de Agricultura.

En una de sus extremidades se hallaba el oratorio, cuya pintura mural con el anagrama de la Virgen, se halla hoy día intacto, como las de Pompeya, y luego seguía el patio del pozo donde se hallaba la cocina, «la panadería del señor presidente», que tenía de derecho amasijo propio, la carbonera propia, la leñera, la despensa, la repostería, la lavandería, todo a lo largo de un pasadizo empedrado de 48 varas de curso, que iba a estrellarse contra la cárcel de mujeres, donde hoy está la moderna intendencia con sus oficinas. Existía ubicado también por allí algo que tiene de continuo nombre de antitesis, porque mientras los unos las llaman púdicamente las secretas, como cosa de la Inquisición, otros los denominan comunes como cosa del Parlamento inglés.

En cuanto al comedor, que el general O'Higgins edificó más tarde en el fondo del patio del jardín, era ese un departamento que en lo antiguo no tenía asiento propio, pues a esos fines servía de ordinario la sala, que era la pieza contigua a la cuadra, y en esas salas, que hoy son pasadizos, comían holgadamente hasta hace pocos años muchas opulentas familias de Santiago.

Añadiremos que el palacio tenía no menos de tres callejones divisorios, y por su frente y su costado corría una acera de piedras de río disparejas, que sólo se mudó cuando a fines del pasado siglo don Ambrosio O'Higgins, con gran escándalo y oposición de los vecinos de Santiago, inventó las aceras de piedra ala de mosca, como otro inventó los adoquines no sin levantar la correspondiente polvareda de protestas.

XX

Tal era el palacio presidencial, y tal, más o menos, se conserva hasta hoy con las naturales mudanzas del tiempo.

En cuanto al palacio de las Cajas, edificado alrededor del patio, que es hoy el del correo y mide como entonces 480 varas en cuadro más o menos, tenía la siguiente distribución alrededor de sus antiguos y ya desaparecidos corredores.

A la derecha, entrando por donde hoy se entra, había tres piezas, que constituían las verdaderas Cajas, es decir, la contaduría y la tesorería y de aquí su nombre, con un cuarto en la esquina interior para guardar los azogues, que eran también plata en caja.

Ostentábase al frente y subiendo dos gradas de piedra de cantería, la gran sala de despacho de la Real Audiencia, de veinte varas de largo, con su dosel y sus estrados, que formaban la dura tribuna de los abogados; y hacia la izquierda, colindando por un callejón con la antigua cárcel de mujeres, la sala de acuerdo, la secretaría y demás oficinas de la curia. La capilla de la Real Audiencia completaba el frente por ese costado y tenía dos ventanas a la plaza.

XXI

Por supuesto, sobre los zaguanes de los dos palacios gemelos se veían, vaciados en bronce formado con el cobre de Coquimbo y el estaño de la península, en el uno las armas de la Real Audiencia y en el otro las del presidente Ustariz, y recostado sobre la pared del último un banco de patagua con palos de algarrobo, que de esa dura madera era preciso que fuera a fin de soportar el peso y la paciencia de los solicitantes, que nunca lo desamparaban en la pecha de los empleos, cual si fuera tablilla de confesor de moda.

Agreguemos todavía que la mayor parte de las ventanas interiores eran de balaustrada (bala-ustrada, dice el original) de roble pulido, según suele verse todavía en algunas chácaras vecinas a Santiago, a donde han emigrado las puertas de calle claveteadas, dejando en la ciudad sólo sus clavos... y a los que los ponen.

XXII

Tomada en conjunto la construcción de obra tan magna, parecía ajustada y aun módica la cuenta que por ella cobró su celoso arquitecto

y director, que fué sólo la ya recordada de 47,829 pesos. Pero no lo pensaron así los codiciosos oidores, y aun cuando probó don Rodrigo Antonio Matías de Baldovinos, que tenía de caudal propio tantos pesos como nombres y había adelantado de su peculio 8,206 pesos un real y tres cuartillos, pusiéronle pleito que duró diez años, y por gratitud (la gratitud de los santiaguinos) le cobraron 2,501 pesos además del pleito.

De justicia es decir que el municipio se puso noblemente de parte de su corregidor o intendente, y mandó tasar la obra concluída a tres capitanes carpinteros para dar en el rostro a los mezquinos magnates de la ley y la justicia que se aprovechaban de tan suntuoso alojamiento sin querer pagarlo.

XXIII

Dió la tasación no sólo derecho sino honra al ofendido y generoso mandatario, porque medidos a palmos y puerta por puerta, pilar por pilar, los edificios, su precio aumentó a 51,567 pesos medio real (4,000 pesos más de lo cobrado), y a más el procurador de la ciudad don Matías Antonio Grez, para vengar a su ex-jefe y su tocayo de dos nombres, dijo en su escrito que lo que había hecho el desairado intendente «era obra de grande utilidad que resultó originada del celo, actividad y vigilancia con que asistió la magnitud de la fábrica el dicho maestre de campo don Rodrigo».

Pero los representantes del Rey no se contentaron ni con esto, y diez años más tarde (Marzo 18 de 1725) ordenaron otra retasa, sin duda para sacar la ventaja de las ruinas del tiempo, las tejas quebradas y las goteras de los aguaceros. Y con estas argucias lograron rebajar a 322 pesos 4 reales, lo que se devolvió como saldo líquido al patriota y desinteresado caballero que de esa manera pagó con cinco años de ímproba labor y de desinterés conocido y en una década de pleitos tan villanos como dispendiosos, lo que más tarde el vulgo comenzó a llamar «el pago de Chile» (1).

(1) La mayor parte de estos datos han sido sacados de los autos de ese pleito, que tiene más de 400 páginas, y han sido exhibidos del polvo y la polilla del archivo de la antigua y Real Audiencia, por el inteligente y laborioso joven don Abel Rosales, soldado de Miraflores y escribiente de una de las Cortes de Apelaciones.

XXIV

Pero ¡oh castigo de lo Alto! No se había secado del todo la tinta de Pilatos en los autos de la Audiencia, cuando en la media noche del 8 de Julio de 1830 furioso terremoto, comparable sólo al del 13 de Mayo de 1647, postró de un solo golpe, junto con la torre de la Catedral, que escupió hacia la Plaza su pesada campana de esquilón, toda la fábrica de los edificios reales.

Quedó así otra vez convertida en ruinas la morada de la Real Audiencia, el palacio de los presidentes y la vetusta cárcel de la extremidad opuesta de la Plaza, volviendo a necesitarse medio siglo y el genio de Toesca para su reconstrucción en 1790 y en 1807 (1).

Y fué así como las trampas que los oidores quisieron hacer al buen corregidor don Rodrigo Baldovinos, trampas a que hemos dado por lo antiguas el nombre de «el pago de Chile», acabaron en un terremoto vengador, antiguo albacea y liquidador de cuentas de esta tierra.

Santiago, Agosto de 1882.

30 de Agosto de 1882.

(1) De los edificios del costado norte de la Plaza sólo conserva algunos restos de la construcción y arquitectura del corregidor Baldovinos, el palacio de los presidentes, que sirvió en 1873 de albergue a la Exposición del coloniaje y acaba de ser transformado en oficina central de telégrafos y oficinas de la Sociedad Nacional de Agricultura.

La cárcel y casa capitular fué reconstruída por el presidente Benavides en 1790, y el elegante edificio de las Cajas quedó erigido, conforme a los planes de Toesca, por el presidente Muñoz de Guzmán en 1807, todo estando a las siguientes leyendas que todavía se ven en sus respectivos muros. En el de la cárcel recientemente restaurada (1881-82), éste:

«Se comenzaron estas cárceles de corte ciudad y casas capitulares a cargo del corregidor de esta capital, superintendente de sus obras públicas don Melchor de la Jara Quemada en 25 de Noviembre de 1785, reinando el señor don Carlos III y gobernando este reino el M. I. S. D. Ambrosio de Benavides y se concluyeron el 6 de Febrero de 1790».

Y en el de las Cajas modernas que hoy se restauran el siguiente:

«Reinando el señor don Carlos IV y gobernando este reino por S. M. don Luis Muñoz de Guzmán se hizo esta obra, año de 1807».

LOS PLANOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO

Con motivo del incendio de las casas consistoriales, que no «Intendencia», de la capital.

I

Ocúrresenos, a consecuencia del deplorable pero no imprevisto siniestro sobrevenido en la madrugada de anteayer en el edificio público que antes fué Real Audiencia y cárcel de Santiago, y servía ahora de casas consistoriales a la ciudad, que sería de interés pasar en revista los diversos planos conocidos de Santiago, levantados o «inventados» en diversas épocas desde su fundación, hace tres siglos y medio.

Y antes de pasar adelante agregaremos que, al decir que no ha sido imprevisto el incendio de los archivos municipales, hacemos referencia a que siempre se ha sostenido y pedido por los escritores de historia nacional que todos los archivos históricos del país deberían reunirse en un solo edificio, a prueba de fuego, según se acostumbraba en todas las naciones que tienen historia, es decir, que tienen civilización. Hace pocos días EL MERCURIO publicaba una interesante carta sobre este particular, escrita desde Madrid por el señor J. T. Medina, en que, refiriendo diversos incendios de archivos ocurridos en España, decía que ello debería aprovecharse como una oportuna lección en Chile.

Dicho esto entramos en la materia de nuestro tema.

II

Es de suponer que el primer plano o plantilla de Santiago debió ser toscamente dibujado en algún pellejo de llama (porque papel no había) por su ilustre fundador don Pedro de Valdivia con algunas rayas de tinta, o con algunas maestras de cordel por su alarife Gamboa, que era tuerto, lo cual en las líneas de las calles échase de ver perfectamente todavía... Verdad es también que el salario de ese primer director de obras públicas de la capital, que era de 500 pesos, pagábalo la ciudad con chuchoca, y así salía ello.

Mas, prescindiendo de conjeturas, el primer plano o intento de plano dibujado que conocemos es el que trae el padre Ovalle en su

historia impresa en Roma en 1641. Es ese plano un amasijo de casas e iglesias empinándose unas sobre otras, y con muchas más iglesias que casas. El buen jesuíta había querido dar fiel cumplimiento a las órdenes de Jesucristo cuando dijo a Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi iglesia», y por exceso de celo edificó una iglesia sobre el mojinete de otra iglesia, y una torre, todo de memoria, y de lejos. El plano de Valparaíso es por el mismo estilo, salvo que en lugar de iglesias se ven palmas reales (*jebes spectabilis*), de cuyo elegante y gigantesco tipo las hoy áridas lomas y quebradas del viejo puerto eran un pintoresco y sombrío almácigo, como el de Ocoa o Cocalán.

Deber nuestro es agregar todavía que el padre don Alonso de Ovalle, natural de Santiago, entretúvose también, a su manera, en formar en Roma un plano lineal e ideal de su ciudad nativa, y a este efecto, sentándose como un niño que en el banco de la escuela hace palotes, púsose a trazar en un pliego de papel una infinidad de cuadritos, simulando manzanas, hasta que se le acabó el pliego por todas sus márgenes, y así resultó una ciudad mucho más extensa que lo que Roma y aun Londres eran por esos años.

Señalábase además entre sus indicaciones, y cerca de la actual posición de Santa Ana, una iglesia llamada San Angel, que, como ángel, debió volarse al cielo, porque lo que es en la tierra no ha quedado ni el rastro de sus alas...

III

De esta suerte la muy noble y muy leal ciudad de Santiago vivió, derribada por los terremotos y torcida por los alarifes, por espacio de siglo y medio, hasta que un ilustre ingeniero y geógrafo francés, el viajero Frezier, enviado a Sud-América con una misión secreta en 1712-1714 por Luis XIV, levantó a hurtadillas y a ojo el plano de la ciudad, especie de Pekin, o más bien de arábiga Meca de aquella edad poco limpia, especialmente para los profanos europeos que no fueran nacidos en la exclusivista España, la China del viejo continente en materia de anti-extranjerismo.

Según el plano de Frezier, la ciudad tenía entonces sólo 99 manzanas, siendo de estas 11 de oriente a poniente, entre las Claras y la antigua del Sauce o Baratillo, que hoy no sabemos cuál de las dos es ni como se llaman una y otra. De las de las Claras y de la Merced al oriente no había calles, llegando los claustros de la última hasta el pie del Santa Lucía. Las calles trasversales (que ante eran las derechas),

entre la Cañada y el Mapocho, eran 8, y esto hace más o menos el conjunto de 100 manzanas, que debieron ser las que primitivamente delineó Valdivia, o por su orden, el tuerto Gamboa.

La Chimba está también designada en el plano de Frezier con 9 manzanas regulares, lo que era una simple ilusión del viajero francés, que acaso no pasó jamás el río por la sencilla razón de que el único puente que antes había existido y hoy se llama de palo había sido derribado por una avenida hacía 30 años, y así en ruina se ve en el plano. En realidad era la Chimba sólo un hacinamiento de potreros, y por no darse el trabajo de delinear sus callejones, los geógrafos la reducían con la mayor serenidad a un cuadro de ajedrez cortado por el centro. El inglés Miers fué el primero que un siglo más tarde (1825) delineó en sus verdaderos perfiles y contornos aquel suburbio.

En cuanto a los barrios del sur aparecen dibujados en el plano de Frezier sólo tres o cuatro salidas con la de la calle de Santa Rosa, que en aquel tiempo se llamaba de San Juan de Dios, porque el prior de esta orden, Alonso de Huete, había vendido ya la propiedad dejada a los enfermos por don Pedro de Valdivia. Diséñase también la calle Serrano, que era el angosto callejón de los Padres franciscanos, para arriar de las estancias del sur y de su granja de Maipo de engorda, sus limosnas de ovejas y terneros para los gordos hermanos, colúmbrense también las bocas de las calles de Gálvez y de Duarte. Las únicas calles que aparecen bien delineadas son, sin embargo, las dos de San Diego, una de las cuales debió ser el camino del Inca desde la invasión de los peruanos, cuya visita acabamos de pagarles con usura...

En esa parte de la ciudad, la iglesia de San Isidro aparece en medio de incultos potreros, cual hoy se ve la parroquia de Ñuñoa; y como buen francés, el autor llama a San Isidro, que era madrileño, San Isidoro, que fué de Sevilla.

Otro error, natural en un extranjero que sólo se asoma y pasa, es llamar a San Pablo «parroquia», siendo sólo una iglesia y colegio de indios de los jesuítas, en cuyos contornos y paralelo al río existía a la sazón un bonito paseo de sauces de Castilla, que era el lujo y el recreo de la ciudad actualmente más rica en avenidas públicas de Sud-América. Aquel paseo semi-acuático corría por la margen del Mapocho entre las calles del Puente y de Teatinos.

Por lo demás, el plano de Frezier es una obra maestra, considerando los medios que tuvo a su disposición. La silueta de Santa Lucía, dibujada especialmente por él, ostentando tosca cruz en su rocallosa

cima, es la misma que el hermoso como basáltico conservaba, excepto algunas bárbaras mutilaciones, hasta 1872.

IV

El plano de Frezier fué copiado literalmente en Italia por el grabador Vicenzo Rossi, algunos años después, y en seguida por los españoles mismos, suprimiendo el artista de la península algunos detalles, particularmente al oriente de la ciudad.

Este último plano lleva el siguiente título: Plano de la ciudad de Santiago de Chile. El italiano, dado a luz, según parece, en 1773, tiene este otro: Pianta della citta de Santiago, capitale del Regno del Chili; y por último el original de Frezier esta otra dentro de una linda viñeta: Plan de la ville de Santiago.

La viñeta aludida se ve coronada por la imagen de la Justicia con su espada y sus balanzas, todo primorosamente dibujado, como que Frezier era un artista eximio. ¿Debería deducirse de este diseño que la justicia no era extranjera en Santiago, según un debate de la presente hora?

V

El segundo mapa científico de la capital pertenece al año 1776, después de la expulsión de los jesuitas, y aunque estos parecen haber tomado por base el de Frezier contiene el suyo algunas agregaciones, con mayor particularidad en el orden eclesiástico.

La ciudad propia ha crecido en el intervalo de medio siglo más o menos en 26 manzanas, o sea tres calles más al poniente en la isla formada por el Mapocho y la Cañada, que esta era la planta indígena del puente de Calicanto en forma de arco, y la indicación de la Ollería (Maestranza) o casa de ejercicios de los jesuitas, de la iglesia de la Caridad, de la de San Saturnino y de un «Colegio Tridentino», que fué después el Colegio colorado situado en la calle de la Catedral, antes de llegar a Santa Ana.

En esa misma calle aparece la Zecca, es decir, la casa de moneda que existía en esa época en el claustro desocupado por los jesuitas, y la indicación de una iglesia o capilla de San Ignacio, la cual era, en realidad, un molino de aquellos padres que aprovechaban el agua de la Cañada y tenían su cárcamo a la entrada de la calle de San Diego el nuevo, porque cuando el primitivo San Diego se envejeció hubo dos Diegos, como hay Diegos de día y Diegos de la noche.

El plano de Frezier y sus plagios recordados llegaban por el poniente sólo hasta la antigua iglesia de San Francisco de Borja, frente a San Lázaro; pero el plano jesuítico adelantaba sus líneas occidentales hasta San Miguel. Y por donde hoy corre la calle torcida de Negrete y en el sitio que se llamó llano de Portales por los antecesores de Don Diego Portales, nieto de otro Diego (otro Diego nuevo y viejo), dibuja el autor, que debió ser amigo de los Bravos de Saravia (antecesores de don Diego Portales), el casino del marqués de la Pica y su propia casa-habitación en la calle de la Catedral, frente a la actual Biblioteca. Como se sabe, casino en italiano quiere decir propiamente que-sería. ¿Sería por ventura el casino del marqués de la Pica simplemente su lechería?

Contiene también este plano una indicación de la plaza de toros en el Basural de Santo Domingo, y otra ultra Mapocho, que dice Los Zoccolanti, y probablemente se refiere al convento de la recolección franciscana porque sus monjes fundadores andaban descalzos.

Por último, en el plano que se atribuye a un jesuita expulsado a fines del pasado siglo aparece por la primera vez rudamente indicado el cerro de San Cristóbal (San Cristophoro), al paso que el Santa Lucía remeda perfectamente a un pan de cerveza, dando lugar por todos los detalles a sospechar que ha sido dibujado de memoria en alguna ciudad de Italia.

El título de este plano dice así: S. Giacopo, capitale del Regno del Chile, y su escala es de 1,350 pies geométricos. La escala de Frezier y de los que lo copiaron era de 500 toesas.

VI

A los planos anteriores hay que agregar, entre los de la era colonial, el autógrafo de 1793, que ha desaparecido en el incendio del domingo último y que el presidente don Ambrosio O'Higgins, único mandatario colonial que se preocupó de tales cosas, mandó levantar probablemente al ilustre Toesca, que ganaba 25 pesos mensuales, o al agrimensur Caballero, el arquitecto del consulado.

VII

Respecto de la época moderna, los planos de la ciudad del Mapocho han seguido el propio rápido desarrollo de la ciudad, y conviene hacer notar la circunstancia de que todos sin excepción, han sido tra-

bajados por extranjeros, por Miers (inglés) por Gay, Herbage, Dejean y Ansart (franceses), por Gillis (norteamericano) y por el ingeniero italiano que hace poco acabó trágicamente su vida en Concepción.

VIII

El primero de los planos mencionados es bastante correcto, como que su autor, aunque acérrimo enemigo de Chile por el mal éxito que tuvo en sus negocios, era un hombre de ciencia y un industrial eminente.

En ese plano (1825) aparecen indicadas por la primera vez las verdaderas líneas longitudinales y transversales de la masa confusa de lo que antes, siguiendo la nomenclatura de los indios, los españoles llamaron, como en Copiapó, en Ovalle, etc., la Chimba, es decir, al otro lado del río, que es la traducción textual de la palabra. Se ve allí, como en los huevos incubados (no en los huevos chimbos) puestos a la transparencia de la luz, los lineamientos de la Cañadilla (entonces calle de Buenos Aires), de la Recoleta, de la calle de Bellavista, etc. hasta la casa de pólvora, hoy fábrica de paño, y el Cerro Blanco, con los contornos del San Cristóbal topográficamente bien dibujados. Aparecen también algunos molinos, como el de Gómez a la bajada del puente de Calicanto, que no es de cal y canto sino de cal y ladrillo.

Por la primera vez nótanse así mismo en el perímetro de la ciudad las siguientes indicaciones: Las Recogidas (hoy cuartel de nacionales) en el sitio que ocupó San Saturnino, la iglesia votiva de los Lisperguer al pie del Santa Lucía; los dos castillos que coronaban esta colina, la plaza de abastos en el Basural, donde existió la plaza de toros y más tarde la cancha de pelota que alguien haría bien en reedificar hoy día si más no fuera como atractivo de emigrantes vascos. La ubicación del Estado Mayor en el palacio que fué de los arzobispos y hacía poco había desalojado San Martín, está también marcada en el plano contemporáneo de Miers.

Diséñanse también en ese trabajo topográfico por la primera vez y con alguna corrección las calles paralelas del sur, es decir, las calles de la villa del Cóbil, que así se llamaba entonces esa comarca por el maíz tostado que sus infelices moradores comían en callanas, y a cuyo desparramado barrio y ranchería el autor tuvo la ocurrencia de llamar suburbio de la Cañadilla, nada más porque seguía hacia el sur después de la Cañada. Por una especie de capricho inglés, Mr. Miers dibujó también un barrio imaginario de 12 manzanas tiradas a cordel, en la

ranchería de San Miguel, barrio de matanceros que el denominó de Chuchunco.

En el plano de Miers, cuyo título es «Plan of the city of Santiago the capital of Chili, by John Miers», el prolijo británico marca así mismo el obelisco de O'Higgins a la salida del camino de Valparaíso por la calle de San Pablo, la actual Casa de Moneda, la iglesia de la Estampa, y, por último, el teatro en que por esos años (1829) cantó la Escheroni *El Tancredo* y la *Gazza Ladra*, y que había edificado con vigas amarradas con látigos (sic) en la plazuela de la Compañía un comandante de ejército. Aquel teatro así amarrado ladraba.

IX

Existe igualmente un plano de Santiago de esa misma época, de procedencia inglesa pero anónima que contiene algunos señalamientos de sitios más minuciosos todavía que los de Miers, tales como la casa de correos (esquina de Santo Domingo y Teatinos), el Seminario (Agustinas abajo), el canal de San Carlos, terminado en 1827; los jardines, prolijamente dibujados, de la Recolectión franciscana, y estas dos singulares indicaciones: Pellery store house (almacén de pieles o pellones) y la court (patio) de San Binivente, que sería tal vez la casa de algún Benavente en la Alameda. A este último paseo, que era ya alameda y no cañada, llámala así el anónimo: «Calle ancha con una acequia de agua al medio».

X

Después de estos planos de aficionados siguen los científicos de Gay, grabado en su *Historia de Chile*, y de Herbage impreso en París, en un gran pliego de marquilla barnizado, que ha comenzado a ser bastante raro. El autor de estos apuntes hechos en el campo (por lo que bien pudiera habersele escapado algún desliz) posee sin embargo la matriz de cobre de esta primera impresión en hoja suelta y en grande escala de la capital de Chile, y si el actual municipio hiciese de ella algún caso estaba a su disposición, aunque más no sea como correspondencia de la plancha de mármol que la corporación ordenó poner en honor de alguien en el Santa Lucía, plancha que hasta ahora no se ha puesto ni se pondrá jamás, o si se pone, otro vendrá que habrá de quitarla como el nombre de bronce que llevó una locomotora, que ese es el andar de nuestra tierra aun en los letreros... Si se tratara del mármol infamante de Carabajal en Lima, tal vez sería diferente!..

XI

En los planos franceses citados, y que son casi contemporáneos (1835-41), se ven ya apartes las instalaciones del Senado (en el antiguo Consulado, de Caballero) y de la Cámara de Diputados en la Universidad de San Felipe, sitio que hoy ocupa el Teatro Municipal y donde tantas tumultuosas escenas, verdaderas riñas de gallos, tuvieron lugar desde 1825 a 1851. El reñidero de gallos de la plazuela de Bello también aparece en su sitio y es fama que muchos diputados iban alternativamente a esos o a los otros bancos a pelear o a ver pelear.

XII

En cuanto al plano de Dejean (1851), no discrepa mucho de los anteriores, porque en estos, como en aquel, aparecen incorporadas en la ciudad propia todas las sucias aldeas que había ido agrupando el indio o el proletario en torno a la ciudad feudal. La Ollería y la Villa de Cóbil por el sur; El Galán de la Burra y el Llano de Portales (hoy Yungay) por el poniente; Guangualí y el Arenal (hoy población de Ovalle) a la banda norte del Mapocho, y los tajamares, que es la parte más hermosa, más salubre y más despoblada de la ciudad hacia el oriente.

M. Dejean trabajó también una vista panorámica de la ciudad, comprendiendo todas sus campiñas y sus montañas en una escala colosal, y tal cual se divisa el horizonte desde los más altos farellones del Santa Lucía; y de la venta a domicilio de esa lámina, muy escasa ahora, vivía aquel buen anciano. M. Dejean era, como M. Herbague (otro excelente caballero), natural de Burdeos. En su juventud había sido tallador de piedra en su ciudad natal, y en esa condición hízose naturalmente aficionado a arquitecto. Era un anciano muy digno, tan digno como pobre; hacía sus comidas en la plaza de abastos, donde muchas mañanas estrechamos su encallecida mano, y vivía en los altos desocupados de una señora en la calle de Huérfanos. Albergáronle allí por caridad; pero en una o dos ocasiones que se le cobró el alquiler de diez o quince años contestó (porque era ser muy original) enviando a la señora una cántara de agua clara...; y a la verdad que ese era un excelente medio de liquidar las cuentas. Otros lo hacen peor, porque, sin pagarlas, las echan por las sucias acequias...

XIII

Es también contemporáneo el plano norteamericano de la obra del astrónomo Gillis (1853), que es sólo un calco de los anteriores, y siguió después (1863) el plano topográfico de la ciudad de Santiago de Chile por el ingeniero doctor Mostardi Fioretti, caballero italiano que tenía en su naturaleza mucho más mostaza que flores, hasta que se pegó un tiro en el corazón. Es un trabajo bastante interesante y completo de la ciudad que abraza el área de la desparramada capital entre la Penitenciaría y el Panteón, esto es, entre dos cementerios...

La obra contemporánea de Fioretti ofrece hoy la ventaja de presentar la ciudad tal cual era antes de su transformación, que comenzó en 1872 y marcha lentamente todavía a su proyectada conclusión.

XIV

En consecuencia de la última, vino en 1877 o 78 el plano de An-sart, que fué director de obras públicas y recogió con mayor o menor fidelidad todas las transformaciones de su tiempo, la avenida y plaza del Cementerio, el parque Cousiño, las plazas de los Gameros y Blanco Encalada, el Club Hípico, los cuarteles de incendio, el palacio de la Exposición, el paseo de Santa Lucía, algunas de las líneas de los carros urbanos, la separación de las subdelegaciones rurales de las urbanas de la ciudad, que antes se hallaban estrambóticamente confundidas, y por último la canalización del Mapocho y las líneas capitales del camino de cintura, dentro de las cuales existe la ciudad urbana actual y se edificará más tarde la ciudad del porvenir.

Agregaremos sobre este último particular que los planos de la primitiva canalización del Mapocho y los del camino de cintura, si se han quemado en la dirección de obras municipales, la fotografía se ha encargado de resucitarlos, y en esa forma están a disposición del ilustre Cabildo de la muy noble y muy leal ciudad del Mapocho, este Leteo de los Andes, en cuyas márgenes todo se olvida.

XV

No terminaremos esta brevísima reseña sin resumir, por si alguien desee o supiese completar nuestra nómina, apuntando de la manera siguiente los planos de Santiago, que por un motivo u otro nos son conocidos:

- 1.º El del padre Ovalle, 1641.
- 2.º El de Frezier, 1712.
- 3.º El de Vincenzo Rossi (copia del anterior), 1773 (?).
- 4.º El de los españoles (id. id.), 1776 (?).
- 5.º El de los jesuítas, 1780 (?).
- 6.º El de O'Higgins (quemado), 1793.
- 7.º El de John Miers, 1825.
- 8.º El anónimo inglés, 1830 (?).
- 9.º El de Gay, 1835-40.
- 10.º El de Herbage, 1841.
11. El de Dejean, 1851.
12. El de Gillis, 1853.
13. El de Fioretti, 1863.
14. El de Ansart, 1877 (?).

Falta ahora, por consiguiente, el plano definitivo de la transformación futura y permanente, que debe ejecutarse en una escala que abarque todos los detalles de los actuales y venideros servicios de la ciudad, es decir, la formación del plano-padrón de la capital, que esto es un deber primordial e ineludible para la edilidad de todas las ciudades de Chile y del mundo, si sus mandatarios quieren dar a los que las habitan y pagan, junto con la belleza de las líneas y la comodidad de estos, los adelantos, la salud y la opulencia.

Santa Rosa de Colmo, Mayo 25 de 1885.

Junio 3 de 1885.

SANTA RITA DE LA VIÑA DE LA MAR

APUNTES Y LEYENDAS SOBRE UN PUEBLO FUTURO

A las señoritas viñamarinas Isabel, Antonia, Magdalena y Rosalía Errázuriz.

«Tengo tratado y convenido en arrendarle a dicho don Antonio Cantuarias, por el término de un año y por el canon de mil pesos, mi dicha estancia de Santa Rita de la Viña de la Mar».

Contrato celebrado por el general don Francisco Cortés y Cartavía el 2 de Julio de 1779, ante los testigos don Alonso de Guzmán y el marqués de Villapalma.

«Todo presagia que la Viña de la Mar, será dentro de poco tiempo el jardín de delicias de Valparaíso, el paseo favorito y el lugar de reunión general».

EL MERCURIO de 22 de Septiembre de 1856.

I

La moda, diosa, despótica y versátil, que todo lo demuda, trastueca y tiraniza en sus eternos giros, semejantes a las oscilaciones del vuelo de las golondrinas entre el tejado y el cielo, entre el movedido mastelero que anda por los mares y la torre enhiesta e inmutable del faro y las iglesias, ha dado en regalar el pomposo nombre de «Versalles chileno» a esta pequeña y desparramada aldea de verano, a la cual así siéntale aquel nombre de la ciudad en su tiempo la más suntuosa de la Europa, como a un santo Cristo quiteño un par de pistolas de Lefauchaux, o a una Virgen de Dolores una carabina Spencer.

Aseméjase tanto en efecto a la ciudad de Luis XIV la ciudad de don Enrique Bohn (su legítimo fundador y rey) como un cristalino vaso de leche bebido al pie de la vaca a un tarro de tinta chorreado y entelado de los escribanos de Santiago, o como un cigarro puro de

tres centavos de la cigarrería viñamarina de la Ancora a una camelia alba plena de los olorosos jardines de la calle de la Montaña...

Versalles, en primer lugar, es una ciudad de piedra, grande, casi solemne, lúgubre y vacía. Viña del Mar es un simple sendero de jardines y de casas veraniegas más o menos pintorescas. Versalles es una ciudad mediterránea que dista por todos sus pesados contornos cien leguas del océano, y Viña del Mar, como Venus y como su nombre, salió de la espuma de las olas. Versalles fué la ciudad de reyes y de damas que gobernaban reyes, y Viña del Mar es apenas nido de castos amores que remedan en su pureza a las flores, criadero de infantiles gracias retozonas que alguien por la curiosa avilantez con que se asoman a los trenes, llamó con propiedad «las chinchocitas nuevas», triscan y crecen. Versalles, por último, es ciudad de decadencias, donde van a buscar tardío y barato refugio los desairados de la fortuna; al paso que en el así llamado «Versalles de Chile», dándose sólo el lujo de una morada permanente los que conducidos por la mano de la opulencia buscan las dulzuras reparadoras del clima o las banales alegrías del lujo y el bullicio.

II

Por todo esto Viña del Mar, en el presente o en el futuro, habrá de parecerse, si se quiere, a Trouville, a Arcachon, a Biarritz o a cualquiera de las innumerables ciudades de baños improvisadas durante los últimos años en la áspera costa de la Bretaña francesa, de que hace prolija memoria Adolfo Belot en su *Mujer de Fuego*. Pero en todo y por todo remeda Viña del Mar al Versalles de Francia, con su palacio y su parque grandiosos, tanto como las ratoneras rodeadas de escombros de jardines que aquí llaman la estación, y forma ahora el núcleo y la parada de la naciente aldea, se parecerían al famoso alcázar que costó a la Francia su ruina y su revolución.

No será cosa de pecado, por consiguiente, en estos días en que el ocio es cosa que la ley ampara y la iglesia santifica, entre la chaya y la ceniza de los primeros días de cuaresma, que recordemos lo que Viña del Mar ha sido para pronosticar lo que algún día pudiera ser.

III

Comenzaremos desde luego por declarar una cosa tan sorprendente como verdadera y es la de que no es cierto que Viña del Mar sea

Viña del Mar, sino una cosa en todo diversa en nombre como en origen, en dominio, en topografía y en todo lo demás.

Y no decimos esto porque como denominación sea Viña del Mar sólo una risueña mentira grata al oído a virtud de la melodía de las sílabas y más grata a la retina, que desde la Grecia y la Italia se place en los panoramas de las azuladas aguas del océano divididas por entre las brillantes hojas y los pámpanos; sino que lo afirmamos con el doble hecho, a todos notorio, que en Viña del Mar no hay ya Viña, porque la que plantara hace tres siglos el conquistador Alonso de Riveros, arrancóla de cuajo y de medio siglo a esta parte el hacendado don Juan Antonio Carrera, nieto de conquistadores. Y así como aquí no hay viñas no hay tampoco mar, porque el ingeniero que delineara la moderna planta de la actual población dejó al Pacífico olvidado tras una punta de cerro.

Propiamente Viña del Mar, no tiene, como la celda de los prisioneros, sino una ventana que cae al mar, pero que no permite al cautivo divisarla. Esa ventana es su corte.

IV

Pero no sólo el mar y la vid disputan y desmienten a este lugar pintoresco nombre, sino que la geografía lugareña e histórica se lo niega en lo absoluto, por cuanto la actual Viña del Mar, está tanto en Viña del Mar como Valparaíso pudiera estar en Casablanca y Lima en Casapalca.

Lo que hoy, por más poesía que por comodidad, llámase así con cinco palabras oficiales «Pueblo de Viña del Mar», ha sido en efecto edificado en la estancia de vacas y de palmas de los Lisperguer, antiguamente denominada por sus dueños y los arrieros Las Siete Hermanas, por las siete colinas con otras tantas cuevas que las separaban del puerto antiguo. En cuanto a la «Viña del Mar» legítima, la heredad de los Riveros, el viejo y el mozo, padre e hijo, compañeros ambos de Pedro de Valdivia, de doña Constanza de Meneses y doña Mariana de Ossorio, de los Cortés y los Carreras, esa yacía allá en medio de los bosques de pataguas y de culenes, de peumos y de boldos, selvas impenetrables de la comarca de Aliamapa en la opuesta banda de su estero que furioso turbión arrasó hace algunos años (1827) emparejando el suelo y borrando antiquísimos linderos naturales.

V

Haremos en esta parte, y de paso, una observación que no carece tal vez de oportunidad en este lugar, en que desde las flores a las «chinchocitas nuevas» (su remedo vivo), desde las majestuosas palmas a las delicadas yedras, desde el nombre histórico a la moda dominante, todo es femenino en esta comarca, por lo cual la transmisión de la propiedad de la estancia de Santa Rita de Viña de la Mar (que era su nombre entero y también femenino) no ha sido como la de los mayorazgos de Castilla, de varón a varón sino de hembra a hembra, quedando en ella abolida la ley sálica desde la conquista. Porque doña Constanza de Meneses, viuda del primer alcalde de Santiago don Juan Jofré, era su legítimo dueño en 1582 (hace hoy cabales trescientos años), y después fué doña Mariana de Ossorio, viuda de don Alonso Riveros el mozo, el que plantó la viña y en seguida poseyóla doña Mercedes de Madariaga, madre del «tribuno de Caracas», y en pos de esta doña Nicolasa de Aguirre, viuda del último Carrera, y más adelante doña Dolores Pérez viuda de Alvarez, sin que hasta hoy haya perdido su señoría y herencia de mujer a mujer.

Los únicos interruptores de la línea de hembras fueron los jesuítas, pero aún estos andaban con polleras.

VI

Queda así demostrado que así como la heredad de los Carreras pudo llamarse la Estancia de las Viudas, la de los Lisperguer se denominó en lo antiguo Charahuacho y después Las Siete Hermanas. Fueron, en consecuencia, estos lugares en todo distintos, estero de por medio, y tanto que sus recíprocos dueños solían darse de palos, como es de ley en todo vecindario agronómico de Chile, sea por una cerca vieja, sea por una ternera de año, sea por una oveja descarriada.

VII

En otra ocasión y siguiendo el variado itinerario de los rieles (*De Valparaíso a Santiago, 1877*) contamos en no menos de dos volúmenes (un volumen por riel) la historia de la Viña del Mar, la vieja, desde que la ya nombrada doña Constanza de Meneses vendió su selvática estancia con su viña en 150 pesos a Alonso de Riveros el

mozo, por escritura pública de 28 de Abril de 1586, hasta que el esposo de doña Dolores Pérez comprara las Siete Hermanas para incorporarlas a su viña, como otras tantas vides, el 20 de Mayo de 1840 por la suma de 22,721 pesos, o sea poco más de 3,000 pesos por hermana; y desde su postrer dueño feudal en la colonia, el general don Francisco Cortés y Cartavia, vendiera a Santa Rita a su propio mayordomo por lo que hoy vale un sitio eriazó en su recinto, hasta los días de infortunio en que los tres Carreras de Viña del Mar, como los tres de Santiago, perecieron tristemente, y bebió poco más tarde a su puerta su postrer sorbo de alimento el mismo Portales, mientras Florín, su custodio y asesino, apuraba en las heces de su histórica bodega, el horrible trago de alcohol y sangre que produjo el holocausto del Barón el memorable 6 de Junio de 1837.

Por ese tiempo, y como cosa maldita por el cielo, la viña fundadora había sido arrancada, pero quedaba en sus tinajas la ponzoña suficiente para extraviar en lóbrega y helada noche sin Dios y sin estrellas, la mente y el cerebro de los conjurados. Tuvo así la vid de este suelo, como la manzana del Paraíso, culpa capital en la redención de Chile, según el criterio de los unos, y de su incurable atraso político según otros. Hoy es lo cierto que en memoria tal vez de sucesos tan luctuosos, los escasos, esparcidos retoños que escaparon a la guadaña implacable del podador y a la reja del arado que volviólá erial, semejantes a las desposadas que la muerte de sus prometidos hizo estériles y giran eternamente asidas de las manos en torno a sus ensueños, así las últimas parras de la viña secular de los Riveros, refugiadas en el ramaje de los modernos álamos lombardos, suelen asomar sus pámpanos sin racimos, convidando con su melancólica sombra a los que peregrinan en sus campos. Las vides de la Viña de la Mar son las Willis de su historia.

VIII

Pero esa por fortuna es la leyenda lúgubre y antigua de la estancia y de su viña, antes de ser lo que hoy alcanza, una ciudad de salud y de placer.

En un sentido estrictamente histórico, la moderna Viña del Mar es hija más de los rieles que de los racimos y de las olas que entretejen su nombre. Su fe de bautismo data en realidad desde el 19 de Septiembre de 1855, en que en fiesta de inauguración fué llevada a bautizar a una pila formada en el centro de un potrerillo de cebada, mas no

dentro de marmórea tasa de agua bendita sino encima de un rime-ro de toneles de cerveza Plagemann.

El potrerillo comenzó a llamarse desde entonces «La Estación», y en derredor de ella aparecieron las primeras chozas, las primeras ramadas y las primeras casas de coligüe y tablas, el pueblo ambulante del carrilano y el pililo.

Datan en efecto de esa época la Fonda de la Estrella de Chile, que abrió el fundador don Enrique Bohn, valeroso minero de Clausthal en las montañas del Hartz, y de Morococha en las montañas de la Oroya, quien, cual el cervecero rey de Amberes, hízose poco a poco el rey de Viña del Mar por lo cerveza. Por esto le hemos llamado con su autorización: «su Luis XIV».

IX

Pero en esa época y durante quince años «La Estación» y su recinto interior era todo. La castellana del predio rústico, la última viuda de Viña del Mar, escondía en su pecho lo que algunos moralistas han llamado «la pasión territorial», es decir, el innato amor al suelo y a su dominio, que como todos los amores humanos no admite rivales, ni vecinos, y menos admite partícipes. E imbuída en esta teoría del monopolio de la tierra, que traiciona nuestro origen y nuestro fin en ella, negóse la honrada señora durante cerca de quince años a enajenar una sola pulgada de tierra ni siquiera título de arriendo. Viña del Mar continuó siendo, en consecuencia, una rústica lechería, una posada de carretas y una estación de cerveza que daba paso a los trenes por entre un cerco de alambres y retoños de álamos, cuyas hileras marcan todavía la dirección de sus sementeras y potreros.

X

Todo lo demás era en ella campo, y por esto hemos dicho, aludiendo a su cuna, que Viña del Mar es hija legítima del polen de las locomotoras al través de estas, veloces como el fuego, por entre sus sembradíos, sus árboles y sus rústicos jardines primitivos. De suerte que, si algún día resucitara complaciente rey de heráldica para otorgarle armas reales, éstas habrían de tener por campo de gules el mar, por barras su túnel y su corte, rieles por diadema, por león rampante una locomotora y por orla una vid de verdes pámpanos destilando de sus racimos embriagadores néctares. «Nunca Baco, dice una rela-

ción contemporánea, contando la inauguración del ferrocarril hasta Viña del Mar, ocurrida el 19 de Septiembre de 1855, nunca Baco se mostró más seductor ni jamás se mereció tantos honores como lo fué ayer de los paseantes a La Viña de la Mar» (1). ¿Y por ventura el dios de las parras ha sido destronado más tarde en tal paraje?...

XI

La Viña del Mar quedó así reducida a la condición de una fonda bajo de una carpa de lona y después de tabla y a un torneo dominical de libaciones en que a falta de agua (por que ésta era escasa) corría a raudales el ponche de Calderón en la chingana y la espumosa cerveza del mesón vecino de la Estrella de Chile, visible todavía en el tablero.

Por fortuna uno de los directores de la empresa, don Angel Custodio Gallo, ennobleció el lugar haciendo plantar en medio del rústico potrero un delicioso jardín y los frondosos olmos que todavía le dan sombra. Dibujó y plantó ese vergel, que en su época producía en *bouquets* lo que toda la antigua estancia había rendido en vacas, el conocido jardinero paisajista don Pablo Abadie, y vigiló los trabajos don Anacleto Toro Toro, primer jefe de estación de la Viña de la Mar y actual digno empleado superior de la de Santiago. El jardín costó novecientos pesos y en diez años produjo nueve mil en olorosos ramilletes de claveles y jazmines.

XII

Los extremos de la moderna Viña del Mar fueron así esencialmente bucólicos y militares. Marte y Baco figuraron en su edad mitológica como sus primeros dioses. Su toma de posesión tuvo lugar por la toma de las armas y la toma de las copas en una parada militar, «en línea de fuego en el campo de la estación»; y para el caso se entregaron a los dos batallones cívicos y a la brigada de artillería de Valparaíso, encargados de la empresa, 7,660 cartuchos de foguero y 400 de cañón. Detalle curioso: sirvieron de ayudantes montados para formar la línea el entonces capitán de artillería y hoy general de brigada don Emilio

(1) EL MERCURIO de 21 de Septiembre de 1855. La adquisición que hemos hecho de disminuir a diez minutos de tiempo la distancia de tres leguas que nos separan de la Viña de la Mar.

Sotomayor y el capitán del escuadrón cívico de Valparaíso don Maximiano Errázuriz, hoy digno senador de la República.

Y desde aquel día el recinto de la estación semejante a un oasis de las arenas, continuó sirviendo de pulmón y de garganta a los apretados y ensardinados hijos de Valparaíso, que cada Domingo rompían su caja de lata y la trocaban en botellas. . . Valparaíso cuenta ya para lo sucesivo, vaticinaba EL MERCURIO del año de la apertura oficial, de la vida que le dió vida (24 de Septiembre de 1856), un excelente paseo».

Antes de la locomotora, Viña del Mar era tan solitaria como la Laguna o la Quebrada Verde por el rumbo opuesto de las ásperas colinas del puerto; «lugar silencioso» llamábalo un escritor el 11 de Septiembre de aquel año, y por esto hemos dicho que la aldea actual brotó de debajo de los durmientes de su vía férrea, como la ciudad futura emanará sólo de su vía de vehículos y del encauce de su estero y sus quebradas.

XIII

La primera época geológica de Viña del Mar, la edad y estrata de la cerveza, duró de esta suerte quince años. Manteníase inflexible la dueña de la tierra en su dominio único. Sólo la estación prosperaba y todo lo demás era un desierto. En cierta manera, Playa-Ancha con sus carpas y ramadas había emigrado a Santa Rita, y por Septiembre los empresarios del placer por cuartas y por arrobos hacían su agosto. La inventiva de los fonderos fundadores llegó lejos. Don Juan Calderón, que edificó a la lengua de los rieles una chingana con aire de capilla metodista, reventó las cuerdas de todas las aipas y vihuelas de fama desde Quillota a Petorca, y su más serio rival en la estación erigió dentro de esta un anfiteatro de toros en que corrían bueyes recién desenyugados del pértigo. . . Y carteles hemos visto en que se convidaba al público porteño, en grandes letras a «carreras de chanchos y burros», «gallo descabezado», «juego de marea», «incendio del parque verde» y hasta ver «volar un burro», lo que fué bárbaro y efectivo entre dos altos mástiles.

XIV

Pasaron así las cosas durante la mitad de aquella era. Pero en 1861, por el mes de Febrero, el 3, día de San Blas, día de guarda en el antiguo calendario, inauguróse el período veraniego que todavía rige

con una lucha de box entre los pugilistas A. Robyns y Carlos Pipir, que desafiaron cada uno de por sí o los dos juntos, como los Curiacios, al hércules chileno José Soto a una apuesta de 500 pesos convertibles en trompadas. Era ese día domingo y fué el primero en que dijo misa en la Matriz de Valparaíso el famoso padre árabe... ¡Curiosa coincidencia! En el oratorio de Viña del Mar había sido donde medio siglo atrás dijera su misa aquel impostor Castín, que era tan sacerdote como el árabe, y fué el mismo que al consagrar la hostia divina decía con temerosa voz y para si propio.

«¿En... qué... pararán... estas misas?»

Y en lo que pararon fué en la cárcel y en la Inquisición de Lima.

XV

Sucedieron otros siete años a los corridos hasta aquel día, y la situación no cambiaba. Viña del Mar no quería ser pueblo y continuaba siendo oasis. Pero al fin Santa Rita, abogada de imposibles, hizo el milagro, y la castellana de los campos feudales consintió en entregarlos a la muchedumbre para su mundanal vivienda.

Juntáronse para el caso tres caballeros, tres aparecidos misteriosos, como los del lago Titicaca: un alemán, un italiano y un catalán, y cierta mañana, por el mes de Enero de 1867, después de sorbido el café de la Estrella de Chile, se apersonaron a la encastillada dama y le rogaron les otorgase a cada uno un sitio en que edificar por treinta años. Hallaron a la señora en su hora, es decir, ocupada, cual solía, en su rústica lechería, en medio de sus vacas favoritas, con las que compartía el cuidado de las flores, y después de alabarle cada cual, enjugándose con el pañuelo la espuma del sabroso apollo de los labios, su matinal cosecha de mantequilla y leche, Santa Rita hizo el milagro.

Vino de aquí que el apreciable caballero don Herman Schmidt Ern, natural de Solingen, ciudad de sables en la sableadora Prusia, comprara el sitio que hoy ocupa el hotel; el negociante italiano Curletti el que seguía hacia el poniente, calle de Quillota de por medio, y el catalán Rigau el contiguo y que hoy posee don Félix Vicuña.

Antes del otorgamiento de esa gracia a plazo, habitaron con alguna regularidad una que otra casa edificada en torno de la antigua posada de carretas, dos hombres públicos distinguidos: don Isidoro Errázuriz y don Juan de Dios Arlegui.

Juntamente el caballero hacendado santiaguino don Domingo Valdés había echado los cimientos de su espaciosa casa-bodega, pared

por medio con la estación, y el señor prebendado Taforó trazaba su elegante mansión junto a la iglesia.

XVI

Deslizáronse en estos bosques los tres años corridos de 1869 a 1872. Llevóse Dios en este último a la buena dama fundadora y entretanto en el dominio de la tierra una nueva generación, lo que había sido el sueño de los tres fundadores europeos durante un cuarto de siglo, comenzó a ser amena realidad. La carta de fundación de Viña del Mar tiene fecha de 29 de Diciembre de 1874, y comienza así: «Considerando que el actual poseedor de la Hacienda de Viña del Mar solicita permiso para establecer en ella una nueva población». Vienen en pos de la carátula los detalles de nombres de calles, muchos de los cuales tomaron raíces portuguesas, con manzanas de 125 metros en cuadro, siendo la vía más ancha la Avenida de la Libertad (60 metros) y la más angosta el pasaje Bohn (8 metros), el padrón general es, sin embargo el de 20 metros, que servía a la Avenida de la Marina, destinada a los malecones de la futura e inevitable canalización del estero.

XVII

Datan de esta concesión los más notables y más pintorescos edificios de Viña del Mar y principalmente su hotel, alma, entraña y garganta del pueblo, que ha reemplazado a su vieja estación, y que edificado en dos años (1874-76) con un costo de 106,000 pesos, sirve hoy bajo una administración tan esmerada como inteligente, de centro y de refugio a su movediza y flotante población.

XVIII

Libre de ligaduras creció, a la verdad, tan a prisa la ciudad en su nueva planta, que en cuatro años pasó de aldea a territorio municipal (Mayo 31 de 1878), y desde las últimas elecciones (Mayo 4 de 1879) tiene un cuerpo de ediles cosmopolitas presidido por un alemán. El primer municipio instalóse el 11 de Mayo de 1879.

XIX

Dió también el alto funcionario que expidió el título de fundación al nuevo pueblo (don Francisco Echáurren, Intendente de Val-

paraíso) su nombre definitivo perpetuo y oficial; y aunque ferviente católico, despojó a la villa de su santa titular, delito de herejía y de inquisición, como el de las misas, un siglo atrás. Quedó así la Viña de la Mar sin Santa Rita; y no contento con esto, la podadera del progreso moderno, que todo hasta el rosario y la misa abrevia, quitóle poco a poco sus dos partículas y dejóla como hoy suena Viña del Mar, que pronto habrá de ser Viña-Mar u otra abreviatura. Y en efecto los ingleses dicen ya sencillamente The Viña. ¿How is Viña? ¿Do you go to Viña? y otras herejías de lenguaje corto y sincopado cual su idioma y sus levitas...

Y hay en este ramo algo de peor todavía para la antigua y desposeída Santa Rita de la Viña del Mar, porque los soldados y los campesinos en sus rótulos de carta llámanla de continuo Villa del Mal, en lo cual los desdichados tal vez no se equivocan...

XX

Hemos llegado al límite del papel y de la edad primera del pueblo naciente en que hoy vivimos. Y por lo mismo para corresponder a nuestro título habremos de consagrar una última página a la futura ciudad que hoy se fatiga en la cuna sin que nadie se ocupe de lavarle sus pañales ni sacarle «sus trapitos al sol».

Viña del Mar, Marzo de 1882.

«Der nachste un deiner den besuchtensten Vergnugungsorte fur die Bewohner Valparaiso sist Viña del Mar». August Ernst, *Republik Chili*, Berlin, 1863, pág. 74.

«Este lugar que hasta ahora ha sido tan silencioso, va a sufrir una metamorfosis completa». (EL MERCURIO de Valparaíso al hablar por primera vez de Viña del Mar, el 11 de Septiembre de 1855).

I

No existe tal vez a lo largo del territorio de la República (puerto que no es posible decir, sin mentir, en su redondez) un paraje mejor situado para las condiciones de la vida, la salud y el placer que Viña del Mar. Ni Trouville, ni Dieppe, ni Brighton, ni Biarritz, ni San Sebastián con su famosa concha, ni Boulogne sur mer (sobre la mar) con sus *falaises* arenosas, ni Saint Maló con sus islotes, ni el lujoso New Port de los Estados Unidos con sus palacios lo aventajan. Sólo Chorrillos, esta Pompeya moderna, habría sido sin esfuerzo su rival.

Situada en una lengua de una mar risueña; rodeada de colinas blandas redondas y boscosas; provista ahora en abundancia de agua, como que el nombre aborigen y primitivo de su valle fué Penco, que quiere decir aquí hallé agua; distante siete kilómetros de Valparaíso, que son nueve minutos por expreso y quince por tren ómnibus, es decir el tren de todos, el tren de las humitas y de las sardinas; a 35 leguas del pie de los Andes, que cuenta cuatro horas de Santiago y tres de San Felipe, y con vientos sanos, a veces tenaces, pero francos y no de emboscada como los de Valparaíso; con paisajes admirables y variados de valle, de mar, de montaña y de pradera; bosque divisado desde la pintoresca quinta de Kendall, playa enjuta desde el balcón de Ambrosio Montt; «camino que anda», según la expresión del poeta, desde la galería de Valdés que domina los rieles; ducha de mar cargada de emanaciones de luche y cochayuyo desde la casa de torrecillas del jurisperito Campillo, sobre la cual el corte respira sus exhalaciones como si fuera un pulmón del mar; suelo y cielo prodigiosamente ricos en flo-

res, abundoso en mieses con arboledas en que todos los tallos se vuelven hojas, todas las hojas se vuelven flores, todas las flores se vuelven frutas y todas las frutas destilan miel, desde la palma real al jazmín aparragado y oloroso; con una estrata permeable que las lluvias empanan con el rocío y el sol enjuta junto con brillar; con un cielo azul y parejo que las tempestades jamás irritan: todo en este lugar respira sanidad y delicia, alegría del alma y robustez de los músculos. En Viña del Mar no hay más mejillas palidas que las de Santa Rita.

¡Y cuán delicioso clima! Mientras los habitantes de Santiago se enjugan de las candentes sienes su propia evaporación de 32 grados de calor, y en Valparaíso se sofocan las aceras con uno o dos grados menos, en Viña del Mar un termómetro común clavado en nuestro muro no ha oscilado en dos meses (Enero y Febrero) sino entre 22 y 24 grados, la temperatura del paraíso terrenal.

Y mientras esto pasa aquí día a día, a todas horas, en la alborada como en la media noche, nos escriben de Buenos Aires, es decir, desde la misma latitud y a orillas del océano como aquí, que la temperatura de Febrero es de 35 grados, esto es, dos grados menos que el calor de la sangre; al paso que en un diario de Nueva York correspondiente al 4 de Enero último encontramos la siguiente edificante proporción de la temperatura del aire respirable por la criatura humana: «Al despertarse en su mullida cama la ciudad de Nueva York en la mañana del 3 de Enero el termómetro marcaba 10° bajo cero; a las nueve de la mañana había bajado a 11°; a medio día a 15°; a las tres y media de la tarde a 21°, y ¡oh fortuna! después de semejante día en que las ciudades del norte dan carta de ciudadanía al polo, el frío había descendido un grado... Nueva York dormía esa noche con 20 grados bajo cero!»

Decía en vista de estos contrastes y con sobrada razón el humorista peruano don José María Costa, natural de Puno (comarca de la puna), que él no habría deseado tener más fortuna que poseer en Inglaterra una cuadra cuadrada del clima de Chorrillos, pues habría vendido el lote a los ingleses a razón de una guinea la pulgada en cuadro, y por cierto que en remate público habría encontrado un millón de compradores.

«En esas suaves colinas, dice con razón y buen estilo el autor de un libro reciente, hablando de los pintorescos collados de Viña del Mar, en esas suaves colinas, crespas de lozana verdura y embalsamadas por las flores espontáneas que vierten sus poros, se anidan las

frescas brisas que humedece el mar vecino, allí guardadas para refrigerio de los que primero lleguen a gozarlas» (1).

Reune Viña del Mar, en una palabra, todas las condiciones que Carlos V aconsejaba a sus sagaces capitanes para fundar pueblos en el Nuevo Mundo: buen temple, buena agua, leña en abundancia, fresco arbolado, olorosas hierbas, suculentos pastos, un río vecino (El Aconcagua), un puerto a la mano (Valparaíso), y donde edificar una iglesia en que adorar a Dios y bendecirle por sus dones en medio de las flores y de los bosques.

II

Y siendo así se ocurre preguntar, ¿cómo semejante pueblo, en un cuarto de siglo de comunicación cotidiana con una ciudad tan mal ubicada como Valparaíso, pueblo torturado que se escapa hacia los cerros por calles y senderos imposibles; cómo en quince años desde que comenzó a repartirse en enfiteusis, y como en los diez años corridos desde que desapareció su última tenedora conforme al régimen antiguo, se ha desarrollado apenas como nido de tránsito para unas dos o tres docenas de familias santiaguinas y un centenar o dos de vecinos nómades del puerto?

He aquí un problema a cuya solución está vinculada una serie de cuestiones del pasado, del presente y del venidero, que vamos de carrera a abordar, bosquejando apenas cada punto. Otros vendrán en pos, especialmente los ingenieros, los arquitectos y los albañiles. Si nosotros penetramos unos cuantos pasos en las profundidades del futuro es sin más propósito que del bien comunal, sin más interés que el que a cada vecino cabe en el repartimiento de los humanos goces y miserias de su terrenal jornada, y sin otro derecho que el que hoy están ejercitando los excavadores modernos que desaterran las ciudades antiguas en el Karnak, en Chipre y la Araucanía. Edificar ciudades en el aire requiere arte parecido al de extraerlas de las entrañas en que la tierra, celosa de los siglos, tráelas escondidas.

Apuntaremos, por tanto, sólo aquello que echemos de menos en el andamio y con el orden en que los defectos de conformación vayan viniendo a la punta de la plana o de la pluma.

(1) A. Iñiguez Vicuña. Artículo *Viña del Mar* en la obra notable que acaba de dar a luz con el título de *Repertorio Literario e Histórico*, Santiago, 1882, pág. 424.

III

Que el terreno destinado a la actual o futura ciudad de Viña del Mar, hija de Valparaíso y entenada de Santiago, vale para propósitos urbanos un largo millón o dos millones, es muy posible y otro tanto podría decirse de los actuales precios de sus lotes. Cosas son esas, sin embargo, que a su albedrío decidirán sus dueños, sus agrimensores y alarifes. Pero así mismo no cabe duda de que el padrón primitivo de la venta fué en extremo oneroso como punto inicial, y de esa manera se explica, a nuestro entender, en primer término, el pasado crecimiento de la población. Cuando los jesuitas de Santiago, que en el negocio eran eximios, se establecieron a orillas del Mapocho unos cuarenta años después de la fundación, compraron una manzana, a una cuadra de la plaza, en 3,000 pesos, y cuando doña Constanza de Meneses, viuda del alcalde batallador Juan Jofré enajenó en vida a Viña del Mar vendiéndola, sólo en 150 pesos de oro de Marga-Marga, que era la moneda más corriente, y allí en sus propias lindes y bateas la sacaban. Pero de seguro que no habrían pagado los padres un maravedí más de los siete centavos que por vara pagaron en parte central de la ciudad que hoy vale setenta pesos, ni la rica estanciera de la costa habría encontrado quien le diera por cuadra más de esa fracción en las boscosas lomas del valle de Penco. La tierra engorda como las vacas, y es preciso graduar su precio a su gordura.

Lo que en casos semejantes al que nos ocupa acostumbran hacer los edificadores de ciudades europeas de baños, como los Pereire en Arcachón, es vender los sitios fundadores por precio nimio, edificar por su cuenta casas y chalets que no enajenan por ningún precio y arriendan por escaso canon, reservándose aquí y allá lotes escogidos, y cuando el tiempo y la moda han hecho su camino, levantan gradualmente la tarifa del centavo a los millones. Y así aquellos lugares vuelan y los cofres con esperar rebosan. Los años son a la propiedad urbana lo que la alfalfa a la rústica, porque con su guadaña la enriquecen y con sus despojos la abonan.

Cosa evidente es, en consecuencia, que el opuesto sistema seguido hasta aquí ha atrasado en varios cortes a Viña del Mar porque es suficiente hacer memoria que siendo el precio primitivo de un peso por metro, un sitio erial de 60 por 80 metros (que era el tipo) valía 4,800 pesos, esto es, lo que valía, tasado por el famoso Ginés de Lillo, la

hacienda entera de Santa Rita de la Viña de la Mar hace poco más de dos siglos (1).

IV

Por fortuna el elevado precio primitivo del terreno encontró adecuada compensación en la baratura de las construcciones.

Las mansiones de Viña del Mar no son casas, son chalets, y los chalets son nidos de tablitas estucadas, con un frontis gracioso o emblemático. Algunos arquitectos han solido padecer, sin embargo ex-

(1) Habrá de ser de curiosidad en el curso de los tiempos estudiar el crecimiento sucesivo del valor de los predios que serán el asiento de la futura ciudad de Viña del Mar, y para ello pueden servir los datos siguientes que abarcan un período de tres siglos:

Primera venta de doña Constanza de Meneses, escritura de 28 de Abril de 1586, por 150 pesos.

Un siglo más tarde (18 de Agosto de 1690) comprábala el general don Melchor de Carvajal en cuatro mil pesos, tres mil de ellos a censo laico y mil de iglesia.

Sesenta y seis años más tarde (1756) compróla el general don Francisco Cortés y Cartavio en seis mil pesos a censo de cinco por ciento como el anterior; y en 1779 vendióla en 11,800 pesos a censo, negocio que por caro quedó sin efecto.

En 1833 comprábala a doña Nicolasa Carrera su hijo político don Benito Maqueira en cincuenta mil pesos en plata.

En 1835 vendíala Maqueira a don Francisco Alvarez en una suma algo mayor que ignoramos y desde entonces quedó radicada hasta hoy en su familia.

En cuanto a la hacienda de las Siete Hermanas o de Charahuacho (que fué su nombre indígena legítimo, porque el otro es nombre pintoresco y malicioso de arrieros renegones) que desde 1840 quedó incorporada a la de la Viña de la Mar formando una sola, hay constancia de haberla comprado el general Cortés a las temporalidades de los jesuitas el 23 de Marzo de 1776 en 6,259 pesos a censo, pero como nunca lo pagó lo embargaron los tesoreros reales en 1790 por los caídos que importaban sólo 536 pesos.

Rescatada después, vendióla don Juan Antonio Cortés, hijo del general a don Antonio Cantuarias, en cuatro mil pesos (escritura de 2 de Marzo de 1798) y 30 años más tarde un yerno de Cantuarias a don José Manuel Cea en 20,000 pesos.

Cea la vendió a don Juan A. Luco en 20 fanegas de trigo que nunca se trillaron y el concurso de Cea a don Francisco Alvarez el 20 de Marzo de 1840 por 22,721 pesos, precio de su tasación.

Interesará así mismo al lector conocer el inventario de la estancia de Viña del Mar durante la colonia, esto es cuando fué embargada por el Rey en 1790. Consistía aquel en lo siguiente, que era más o menos la dotación de todas las haciendas de aquel tiempo: «2 tinajas, 1 alambique, 2 pailas, 3 puntas de arado, 2 azadones, 1 tacho viejo, 1 freno de codilla sin barbada, 1 carretón quebrado, 36 mulas entre mansas y chúcaras, 6 burros y buraras...» Nada más.

trañas equivocaciones poniendo ciervos con cuernos en un país en que no hay ciervos pero hay bueyes...

V

Otro de los graves inconvenientes actuales de Viña del Mar es su planta. Es una ciudad que se ha hecho más para los rieles que para las olas, y de aquí viene que ha tomado la forma del alma de los vizcaíños. Es una Calle Larga de Quillota, sin chirimoyas y sin quillotanas, pero con trenes que la torturan como a Tántalo, porque exceptuando los que viven en torno a la estación, los demás los ven pasar y repasar por sus ventanas como los gansos del cuento M... Para entrar en ellos los más favorecidos de las extremidades andan como mínimo un kilómetro por día.

Si como antes la población tuviera por fronteras el mar y el ingenio Berstein (una frontera de sal y otra de azúcar) la edilidad sería todavía manejable; pero hoy la arteria madre de Viña del Mar, la calle de Alvarez, mide al menos tres kilómetros de largo y su fondo puede contarse por trancos y por centímetros. Toda ciudad para ser tal debe tener líneas concéntricas en torno de espacios abiertos, llámense éstos, plazas, jardines, parques, paseos, pulmones, etc.; y esta condición falta por completo al pueblo actual, porque su estación lejos de ser centro de avenidas es barrera universal.

VI

Pero la causa más eficaz y más tangible del lento crecimiento del pueblo dotado de tan ricas ventajas naturales, es la carencia de un camino de carruajes o de sangre que sirva de arteria común a la madre robusta y al infante raquítico. El ferrocarril con sus trenes excéntricos es intermitente como la fiebre y como la aneurisma. Un camino propio sería, al contrario, la circulación sana y continua que desarrolla y fortifica. Viña del Mar, con su constitución presente, nació enferma de hipertrofia, y solo vive, respira y anda desahogada con el silbato de sus locomotoras que son sus piernas, sus brazos y su tórax.

Es esta necesidad tan vital que sin ella Viña del Mar no será jamás ciudad mientras la vida le llegue a intervalos como a los ratones y a las hormigas, por un sótano, ya de Santiago por el túnel de San Pedro, ya de Valparaíso por el socavón de Punta Gruesa.

Y no se crea que es obra de romanos ni siquiera de ingleses sanar

el enfermo de la dolencia que hoy le aqueja; y al presente que se trata de sacar una gruesa prima a la empresa del ferrocarril urbano de Valparaíso lo más acertado y lo más lógico sería tal vez obligarla a ganar dinero a pesar suyo, cual sucede a la de Santiago, que se ha taimado en las calles primitivas, en busca de dividendos y dando la espalda a ricos vecindarios.

Sacar un teatro de los rieles nos parece algo tan despegado como fabricar una catedral con barriles de azúcar y zurrones de yerbamate.

VII

Puede, a la verdad, lo que decimos comprobarse con números por que no hay paraje en toda la extensión de nuestras líneas férreas que presente mayor movimiento de pasajeros que Viña del Mar.

Tenemos, en efecto, a la vista el último informe publicado por el superintendente del ferrocarril del norte que comprende desde el 1.º de Enero al 30 de Junio de 1880, y sin exceptuar a Santiago, la palma de la movilidad y del acarreo humano corresponde a Viña del Mar en esta forma:

Limache	27,329	pasajeros	
Quillota	26,084	»	
La Calera	10,062	»	
San Felipe	17,732	»	
Santiago	35,585	»	
Viña del Mar	47,220	»	(1).

¡Doce mil viajeros más de esta aldea que los de la poltrona capital!

Tomando en conjunto todo el año de 1880, el movimiento de pasajeros excedió en Viña del Mar de 100,000, porque en el segundo semestre viajaron 53,916 pasajeros.

No tenemos datos auténticos para establecer el movimiento de la locomoción en el año próximo pasado y en los dos meses que van corridos del presente; pero los libros de la boletería de Viña del Mar

(1) Esta cifra se descompone así por clases:

1.ª	15,222
2.ª	10,196
3.ª	21,822

Algo de muy importante se ha hecho este verano con el nuevo camino y los nuevos baños de la Laguna. Pero mientras no se establezca una sucursal del hotel a orilla misma del mar, como puede hacerse en la caleta de la Barca y aun en la vetusta bodega que hoy la entristece, o en la nueva vía carretera, sostenemos que la Viña será viña de cuanto se quiera pero no será viña de mar.

IX

De igual y deplorable olvido se ha hecho reo el municipio respecto de la viabilidad interior de la villa con pretensiones de ciudad. Las calles y las aceras hállanse en tan mísero estado que el único refugio de la población andante es el peligroso y ventoso terraplén de rieles. Tiene el cabildo villa-marino 9,000 pesos de entrada, es decir la renta que tenía la capital en 1810, y sin embargo sus habitantes tragan lo menos 9,000 toneladas de tierra en cada ventarrón, y la carencia de aceras es tal que para penetrar en la estación se rompen las bellas y aun los feos sus zapatos en los puntiagudos pedrones de un cimiento que está a flor de tierra desde hace cinco a seis años.

Algo se hizo cuando estuvo aquí alojado un mes un presidente, porque entonces pusieron rejas y canalizaron un puente para su real paso y su paseo, de lo cual resulta que el mejor árbitrio para mejorar las calles de este lugar de tránsito sería traer los presidentes a destajo y alojarlos por distintos rumbos cual si fueran rosas náuticas, y esto que hay presupuesto para terraplenes y aceras en el año que comienza 2,100 pesos (1).

(1) He aquí un extracto del presupuesto de 1879 y de su crecimiento calculado para 1882:

ENTRADAS

	1879	1882
Contribución de policía y alumbrado	\$ 3,800	\$ 4,500
Matadero.....	2,400	2,500
Recova	2,000	2,400
Chinganas (seis y una escuela)	200	400
Patentes de carretas	267
Multas	150	400

X

En otro sentido, ¿cómo sería dable que en esta ciudad de temporada mantuviese su cetro la moda si se les hace sólo el monopolio de un centenar o dos de visitas veraniegas? ¿En Viña del Mar no se edifica por año más de una, dos o tres casitas o chalets, o lo que es lo mismo, el espacio para 15 o 30 personas anualmente, al paso que en su excelente hotel, en ocho años no se ha aumentado de un solo aposento, teniendo espacio hábil y propio para triplicarlo?

Hágase eso y vendrá gente. Edifique una sala de baile y de concierto en la estación o en el parque privado del hotel y habrá alegría, confianza, comunicación y hasta casamientos. Tal cual es hoy Viña del Mar no pasa de ser una ciudad de santos y santas mocarras que, como las sombras de Dante, se miran (los vestidos) y pasan...

Otra mejora y esta es una simple refacción:

¿Por qué se ha dejado perecer el jardín de la estación y se ha invadido este recinto de cuanta miserable barraca ha ido allí a albergarse? ¿Qué espacio tiene la población en qué solazarse y reunirse excepto la pintoresca pero estrecha y prestada quebrada del hotel en que la gente dominical no pasea sino que desfila de a dos en fondo como los soldados de Moltke?

Haga la municipalidad resucitar el antiguo jardín de la empresa, rodéelo en todo su ámbito de elegante y sólida verja de hierro o de madera, obtenga que el gobierno desembarace de sus sucios trevejos y galpones viejos aquel suelo que antes era primor de flores (y hoy lo es de otros primores que no son almizele ni agua de rosa) y habrá

SALIDAS

Policía de seguridad (?).....	3,406
Policía de salubridad	2,277
Aceras y terraplenes	2,100

La diferencia se va en sueldos y gastos menores que poquísimo se lucen.

En Viña del Mar está demostrada a raíz de la carne la evidencia del proverbio que en materia de trapos y de autoridades lo barato cuesta caro. En cinco años la comunidad ha tenido cinco subdelegados, y de ninguno de ellos puede decirse que no haya sido progresista y aún empeñoso. ¿Pero hay derecho a exigir consagración de quien no tiene responsabilidad ni galardón? Los subdelegados de Viña del Mar duermen en sus casas pero pasan la parte hábil del día en Valparaíso, es decir, que gobiernan la población sobre dormidos... Y así anda ella!

hecho más que edilidad verdadera de su pueblo que enganchando policiales que ayudan a los malhechores a despojar a la gente a la luz rancia del aceite...

Cosa curiosa. Antes de haber faroles en Viña del Mar no oíamos hablar de salteos y antes que hubiera policiales no oíamos hablar de salteadores. Simples homogeneidades, como aquella de que donde no hay jueces de letras ni abogados ni escribanos no hay pleitos, y desde que los hay, todos se acomodan a vivir con los autos bajo el brazo.

XI

Ahora una idea que no es exigencia, ni reforma, sino una simple idea.

Los paseos más hermosos del mundo son los que de una manera u otra tienen una forma circular, en los que se gira en un sentido u otro como en los bosques de Boulogne, en los parques de Londres, en el Pincio de Roma, en el parque Cousiño, en el Santa Lucía mismo.

Pues bien: Viña del Mar tiene juntos estos dos paseos santiaguinos y un empresario de buen gusto, con muy poco dinero haría de su laguna un lugar encantado, como en parte lo ha realizado el camino recientemente construído, al paso que sobre la laguna y mirándose en ella está el cerro del castillo, amplia meseta plana con admirables vistas hacia el campo y hacia el mar, hacia la caleta y la bahía, de facilísimo acceso de subida y de bajada, y al cual, por el mismo, los porteños vendrían cada tarde a darse cita con las viñamarinas, como el delfín a las sirenas, divisando a un tiempo sus respectivas ciudades.

XII

Pero la gran reforma y la que por sí sola se impondrá con el curso sólo de los tiempos, es la mudanza, y más propiamente la expansión de la ciudad actual a la ciudad futura, a la legítima Viña del Mar, donde existe una playa erizada de ochenta cuerdas cuadradas y un campo ameno, llano, en cuyas dos áreas se puede edificar una ciudad tan grande y populosa como la de Valparaíso y diez o veinte veces más sana.

Esa ciudad que es hoy sandial y cancha de carreras, ha de venir, la riqueza y la apretura ha de desbordar de la copa de esto, tanto como la mortalidad y el envenenamiento sistemático de una población mal conformada.

Y para ello se han de necesitar dos cosas principales; la una en el reino político, y la otra en el reino edil, es decir, habrá de necesitarse un funcionario local rentado, un gobernador político que la consagre, no su descanso, sino toda su actividad, y un gran empresario por el estilo de los Cousiño o los Meiggs, o siquiera los Serdio de Matanzas, que han construído en ese puerto por su cuenta un centenar de casas para arriendos o regalos veraniegos.

En resumen, y para poner en tabla todo lo que Viña del Mar requiere a fin de ser la primera ciudad balnearia del Pacífico, aprovechando sus preciosas condiciones naturales, es lo siguiente:

- 1.º Un camino propio a Valparaíso.
- 2.º Una sucursal del hotel en la playa.
- 3.º El ensanche habitable de su hotel, o la plantación de otros.
- 4.º La restauración del jardín de la estación como paseo público.
- 5.º La adaptación de su laguna y de sus cerros para paseos públicos.
- 6.º La canalización de su estero y de sus cauces.
- 7.º La expansión de la ciudad hacia las planicies del norte, vendidos los lotes por precios progresivos.
- 8.º Una sociedad o un empresario de construcciones para arriendo o para ventas.
- 9.º Elevar la subdelegación a departamento, o por lo menos, rentar su subdelegado; y
10. Lo que es más difícil que todo lo anterior, encontrar un buen mandatario.

Insulas no es difícil hallar aun sin brújula ni linterna en cualquier lugar habitado del mundo. Pero por ventura ¿abundan tanto los Sanchos cuanto el vulgo piensa?

Viña del Mar, Marzo de 1882.

22 y 25 de Marzo de 1882.

